



DE LA PRIMERA SALIDA DE MANOLETE



P o r A N T O N I O B E L L O N

EL costillaje metálico, sin revoco, de la plaza de El Torea—porque hablo de la primera salida de "Manolete" al ruedo de la gran plaza mejicana—, soporta la multitud impaciente. Para conseguir una entrada, en los alrededores del coso se hicieron fogatas y la muchedumbre veló su puesto a golpes. Va a presentarse en el ruedo azteca ese muchacho, serio y espigado, que recibió de Rafeles, Molina, Guerra y González, "Lagartijo", "Guerrita" y el "Machaco", ese secreto tardo de Córdoba para mandar, a todo mando, en el toreo. Va a torear, en tierra de la otra vera del mar, el hijo del "Sagaison", aquel torero recio, que fué íntimo amigo de Rodolfo Gaona, el ídolo mejicano, nacida su fama allá en las Españas, en una escuela taurina situada en la Mondoa madrileña, bajo la mirada del "Ojitos".

Los rizos de Rodolfo, "el Califa mejicano", están serpenteados de canas cuando conoce al hijo de Manuel Rodríguez, y le dice, y le cuenta, de la amistad con su padre. Y hasta se enternece el tercero en discordia con José y Juan, y le recita unas poesías al diestro español que hizo de los alrededores de la plaza mejicana un campamento de impacientes.

Es diciembre de 1945, y se va a presentar en la arena de El Torea, cuando ya se prepara otro coso monumental—Manuel Rodríguez Sánchez, que eso quiere ser él, un Rodríguez Sánchez cualquiera, y olvidarse, apenas se despoje de sus sedas y oros, de que es nada menos, y nada más, que "Manolete".

"Manolete" ha llegado a Méjico por los aires, pendiente de su palabra, de su sobrio decir, un micrófono que llega a los altavoces de quienes no acudieron al aeropuerto.

Miles de criaturas están al borde de las pistas de cemento.

Ese flaco, con una boinilla, es "Manolete". Dianas y apretujones lo reciben. Y el ramalazo de canas que promedia su cabellera se cubre pronto con un picudo sombrero mejicano.

"Manolete", con su hombre de confianza, "Camará", ha tenido muchas conversaciones sobre este viaje a Méjico. Es asomarse al mundo. Es, ya famoso, jugarse a cara y cruz esta fama.

"Manolete", el artista de la majestuosa serenidad cuando hace falta, al pisar Méjico se siente totalmente dueño de sí. Tranquiliza su espíritu el calor cariñoso y admirativo de la muchedumbre, que aún no lo vio torear. El hombre ha ganado la primera batalla. Y su fe de cristiano viejo pide ante la Guadalupana suerte—suerte, Señora—para dejar bien a España.

Pasadas las cortesías de la llegada, y ya los primeros autógrafos lucidos por tertulias y reuniones, "Manolete", el torero, va a conocer el ganado de la tierra. En la finca de Llaguno le encierran unas vacas. Un verdadero ejército tiene que cerrarle el paso al hormiguero que venteó el secreto de esta actuación y quiere ver a "Manolete", quiere saborear las primicias de su toreo.

—Si les hace a los toros lo que a las vacas, ¡vaya un torero!—sentencia un muy famoso "gallo peleón" mejicano.

El 8 de diciembre. Vísperas de la presentación. "Manolete" regresa a Méjico. Está contento, seguro y esperanzado. Tiene hasta buen apetito. Y lo satisface, copiosamente, excitándole con un diabólico picante que le hace humecer los ojos a cada trago.

Aquella pantagruélica comida, rociada de fuego vegetal, hace enfermar al diestro. ¡Y en qué día! En vísperas de la presentación. Cuando las localidades de doce pesos se arrebatan a cincuenta. "Manolete", sudoroso, inquieto, intoxicado, asusta a "Camará" y a "Chimo", su mozo de espadas.

Acude un doctor. Un remedio pasa del cristal a una vena del diestro. No ha tenido en cuenta el galeno que pincha a un artista, no a un paciente de impacencias, y la reacción del medicamento es tremenda. "Manolete" tiritita con 35 grados y arde con 41.

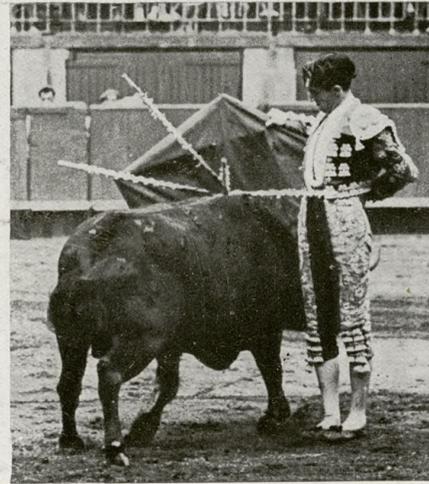
Este "sube y baja", cunde, e inquieta a íntimos y aficionados. "Manolete" no puede torear. Para su presentación quedan sólo unas horas. Llegan los doctores de la enfermería de la plaza. Dictaminan. Una semana, por lo menos, para reponerse.

—Yo estoy "anunsiao" y toreo. Torea como sea—es la contestación de "Manolete".

Ni los paternales consejos de "Camará", ni la insistencia respetuosa de "Chimo" en la intimidad y las advertencias de los nuevos amigos, hacen variar a "Manolete" su decisión.

(Fotos Muller.)





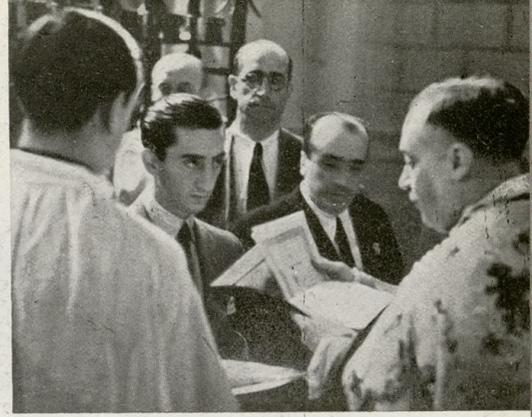
Fotos S. Yubero.



Foto Muller.



"Manolete" fué requerido para actuar en el "cine". En esta foto le vemos en el momento en que se somete a los cuidados de un maquillador en una dehesa de toros bravos.



"Manolete" era ferviente católico, especialmente devoto de la popular Virgen de los Dolores, de su ciudad natal, Córdoba, imagen a la que hacía frecuentes y valiosos regalos.



Foto Muller.

—Yo torero como sea; pero... ¡torero!
Y "Camará" se va al sorteo de los toros de Torrecillas, y asegura a los representantes de Silverio el padrino de confirmación de alternativa de "Manolete", y de Eduardo Solórzano, el testigo, que su torero toreará.

¡Vaya si torrea Manuel Rodríguez! Ahí está, pálido y reseco, con el tenderete de las prendas íntimas en la cabecera de la cama y dándole ánimos a su apoderado y a su mozo de espadas. (La columnilla del termómetro marca, al salir de la axila de Manuel, 39 grados.)

¡Yo torero como sea!
Y "Chimo" comienza a ceñirle el traje, azul y oro, con igual parsimonia y rito que en los días de responsabilidad corriente, que en Manuel Rodríguez—"el torero que no sabe geografía", dice de él K-Hito, ingeniosamente, como certera observación sobre el pundonor de "Manolete" en todos los sitios—es siempre abrumadora.

"Manolete" está vestido, a falta de la casaquilla. El escarolado de la camisa late. La fiebre lo impulsa, que el corazón de Manuel Rodríguez está sereno ante la responsabilidad y lleno de esperanza, porque, cruzados los dedos, sereno el mirar, reza ante la Dolorosa de Córdoba y ante la Virgen de Guadalupe, que hasta su desgracia recogerán sus súplicas. ¡Al coche!

El auto de "Manolete" va flanqueado por la trepidación de motoristas, para poder marchar.

Una muchedumbre, que sólo puede ver su salida del hotel—y no veía su llegada por el percance de su presentación—, quisiera repartírselo.

La plaza. Miles de miradas. Centenares de estrujones. Serpientes de celuloide aprisionan el rostro enjuto, calenturiento, de "Manolete", un "Manolete" dueño de sí, en su noble frente un pensamiento: España. La ansiedad, aquí, por su triunfo...

Pausado, se ciñe el capotillo. Gritos de guerra, dianas de victoria le llegan a los oídos, zumbados por la fiebre.

La arena de El Toreo se abre ante él. Un silencio tremendo. "Manolete" es la gallardía viva en su contonearse, sobrio y torero. Llega a mitad del ruedo. Grita la multitud. Son gritos de hombres en proeza, azuzándole.

—¡Torero! ¡Torero! ¡Torero!—clama la muchedumbre, que lanza flores sobre el cordobés. Un clavel vivo se queda sobre los muertos de seda. Con carga tan débil termina su paseillo "Manolete".

—¡Torero! ¡Torero! ¡Torero!

Un clamor trueno en la plaza. Nervios, impaciencia. Sólo está sereno y sobrepuesto al dolor físico ese corazón de Manuel Rodríguez que se pararía para siempre cuando el sol que iluminó sus victorias nacía entre olivares, por tierras de cantes mineros.

"CAMARÁ", EN LA VIDA DE

Por JOSE LUIS DE CORDOBA

A raíz de la trágica muerte de "Manolete" circularon muchas y muy diversas versiones en torno a la influencia que en su vida y en su arte, en su triunfo e incluso en su fatídico final, hubiese podido ejercer su apoderado, el ex matador de toros José Flores González "Camará". Es el caso tantas veces repetido y que se producirá eternamente. Siempre que tiene lugar una desgracia irreparable es norma popular y muy humana buscarle los motivos por los cuales pudo sobrevenir y, al mismo tiempo, los remedios que para evitarla pudieron ponerse. Y achacar la culpa de lo acaecido a diversas circunstancias o personas. Máxime si se trata—como en el caso aquél—de una figura plena de fama y de popularidad.

Yo, que por coincidencias más amistosas que profesionales —o por ambas a la vez—, me presto de haber conocido un poco a fondo al célebre torero y al excepcional apoderado—y les son muy justos tales adjetivos—, he de decir hoy—a dos años de la fecha fatal para la Historia del Toreo—, que, sin duda alguna, Pepe Flores ha ejercido una influencia marcadísima en el triunfo de "Manolete". Parece como que estaba "escrito" que había de ser así, porque el nombre de "Camará" juega un importante papel en diversos momentos decisivos de la vida de Manuel Rodríguez.

"Camará" se retiró del toreo el 27 de mayo de 1926—lidiando en Córdoba reses de Natera, con "Chicuelo" y "Niño de la Palma"—, y durante los diez años siguientes estuvo dedicado a los negocios de empresa en su tierra natal y en la provincia. Y precisamente fué José Flores, en su calidad de empresario, quien "dió" a "Manolete" aquella corrida nocturna de su presentación en Córdoba—12 de agosto de 1933—, gestionada por el íntimo amigo de Manolo, Pepe Ibáñez Mellado, de quien puede decirse que fué el primer apoderado de "Manolete", si por tal entendemos a aquel que se dedica a "firmar" corridas. Aquella se "firmó" muy peregrinamente, en plena calle.

—¿Podría usted, Pepe, "meter" en la nocturna del próximo sábado al chiquillo de "Manolete", que tiene muchas ganas de ser torero?

"Camará" puso al chaval en el cartel y no le dió más importancia. Aquel fué el primer contacto de relación entre los que habían más tarde de compartir sinsabores y fama. Desde aquel 1933 al 1936, los negocios no vinieron de cara al ex torero de Córdoba, hasta tal punto que por su pensamiento cruzó la idea de volver a vestir el traje de luces. Mas antes de dedito "probarse" en un festival, frente a un novillo. Se entrenó previamente con unas vaquillas en la ganadería de D. Antonio Herruzo. Y previamente también—el 25 de octubre de 1936—, en Ecija, en un festival que torosaba "Manolete", y en cuya organización tomó parte "Camará", éste se arrojó al ruedo, en calidad de "españolito", y lanzó con fino estilo. Segundo punto de contacto entre Manuel Rodríguez y Pepe Flores. En diciembre—el día 6—torosaba "Camará", en Córdoba, el festival de que más arriba se hace mención. Y en el mismo cartel también el nombre de "Manolete". Este era ya un novillero ansioso de gloria que—bajo el apoderamiento de D. José Molina Abela— se había presentado en Madrid con la nota de valor, en corridas formales en Tetuán (Madrid) y Córdoba.

Eran tiempos de guerra. De Cruzada española. "Manolete" tomó parte en varios festivales y novilladas patrióticas organizados en su aspecto técnico por "Camará". Y en muchos de los

festivos—Córdoba, Lucena, Cabra, Priego...—, vestido con el típico traje corto, Pepe Flores estuvo junto a "Manolete". Se fué acusando entonces—1937—la personalidad de gran estoqueador y buen muletero de Manolo Rodríguez. Y fué entonces cuando D. Federico Soria Casanova, cuñado del espada, decidió hablar a "Camará" para que apoderase a "Manolete". El propio Sr. Soria me lo ha manifestado:

—Pensé primero en dirigirme a don Arturo Barrera, entonces taurino de postín. Mas creí en las grandes disposiciones de Pepe Flores para "llevar" a Manolo. Y le hablé. No me dió, en principio, nada en firme. Me prometió ayudarme, simplemente. ¡Y poco contento que se puso Manolo al enterarse!

Entra en su fase plena, pues, la influencia de "Camará" en la vida de "Manolete". No ha llegado aún la época de "arreglar" la cabeza a los toros, y con toros de prueba se prueba y se contrasta el auténtico valor de Manuel Rodríguez. José Flores le aconseja y le guía, le orienta y le alienta con su experiencia, un tanto acibarada, de ex torero de fama a quien la fortuna no le fué fiel. Comienza a perfilarse la personalidad del con admiración, que se va traduciendo en auténtico cariño y en plena confianza. Fía su porvenir en los designios de su apoderado. Desde entonces—en adelante, ¡cuántas veces habríamos sus amigos de oírle repetir: "Ese asunto, que lo resuelva Pepe"... De tal cosa se hará lo que diga Pepe..."

—Decírselo a Pepe, y si a él le parece bien..."

Y "Camará" comienza a imponer a su torero y a hacerlo pagar caro a las empresas. Más de una vez, "Manolete" ha abandonado la reunión en que José Flores trataba de firmar con una empresa un contrato en condiciones que entonces parecían exorbitantes. Al regresar ha preguntado, bromeando:

—¿Se "hizo", por fin, la corrida en las condiciones que usted exigía?...

—¡Se hizo Manolo!

—¡Es usted un hombre de más valor...!

—El valor tienes que



"MANOLETE"

derrocharlo tú, ante los toros, para que yo pueda seguir existiendo. Y el novillero famoso llegó así a la fecha cumbre—2 de julio de 1939—de su doctorado.

Siempre, siempre, "Camará" junto al torero. Entre barreras, vigilante, presto a la expresiva insinuación y al provechoso consejo. En la vida privada, vigilante también, porque en el toreo es preciso tener en alta estima la conservación de las facultades físicas. "Camará" viaja junto a "Manolete". En los hoteles, en la misma habitación descansan ambos. Y no es extraño que tras de las azarosas tardes de corrida, en el reposo del lecho, comience entre ellos una conversación interesante, que se prolonga hasta el amanecer, en la que el torero va exponiendo las dificultades que encontró aquel día en la lidia de los toros y el apoderado va analizando y explicando técnicas difíciles no pudieron ser evitadas por el lidiador.

Apoyado precisamente en el tesón de Manuel Rodríguez, realizó "Camará" la obra de llevarlo a la cumbre del toreo. Estas que ahora transcribo son palabras de Pepe Flores:

—Desde que lo vi torrear por primera vez, que fué en Córdoba, en el año 1936, en una novillada que se corrió en el mes de abril, quedé convencido de que dándole Dios suerte y sabiendo administrar, llegaría a ocupar un sitio destacado en el toreo. Por eso, cuando lo vi en condiciones, en contra de la opinión de muchos, tomé la alternativa. Y conste que aquella temporada podía haber torreado mucho de novillero y al doctorado fué con una sola corrida firmada. Ello demuestra la confianza que yo tenía en él.

Y cierto día, al preguntarle yo su opinión acerca del toreo de "Manolete", me contestó así:

—Ha conseguido perfeccionar el toreo de tal forma, que yo no digo que torree mejor o peor que yo, sino que sí te afirmo es que como torrea Manolo no se ha torreado nunca, ni creo que se pueda mejorar.

En el aspecto entrañable no había que preguntarle el sentimiento íntimo de uno ni de otro. Eran como padre e hijo: sencillez, afecto, respeto; pero un día, las falsas amistades y los amores falsos, hicieron blandirse un tanto las sólidas relaciones entre torero y apoderado. Sin perderse entre ambos el afecto y el respeto, "Camará" se apartó prudentemente, evitando dar consejos de índole privada y procurando atender tan sólo a los asuntos profesionales. No se privó, no obstante—para tranquilizar su propia conciencia—, de advertir al torero, no mucho antes de la fecha trágica:

—Para seguir torreado hay que cuidarse mucho, porque el público te exige demasiado.

Mas "Manolete" fiaba también demasiado en sí mismo y confiaba en "poderles" a todos los toros. Y les pudo, en efecto. Mas en el caso de "Islero", las fuerzas quedaron igualadas.

Y ocurrió la tragedia, que nadie pudo ni prever ni evitar. Y una vez consumado el funesto hecho, había que buscar a alguien sobre quien descargar la culpa. Se habló entonces mucho, y demasiado ligeramente, de la persona de "Camará", haciéndole objeto de falsas imputaciones. Pero aquello no fué, en realidad, más que el punto final de una vida alentada por el pundonor y aurorada por la gloria. Vida, pundonor y gloria en los que el nombre de Pepe Flores tuvo una influencia acaso decisiva que serenamente hay que reconocer y que apreciar.